

CARTA DE LA MADRINA

Dra. Cecilia Sinay Millonschik

Incerteza. Como si fuera posible otra cosa. Me hace feliz cada vez que los humanos (en este caso, los humanos psicoanalistas) nos anoticiamos de su existencia. Porque la soledad mayor es cuando los demás están seguros (o lo parecen). Conviene tenerlo en cuenta, para no dejar aún más solos a los pacientes (como psicoanalistas) o a los semejantes (como humanos).

Porque a veces parece que lo olvidáramos. El Maestro lo sabía. Es, creo, lo que él llamó la Roca Viva. Inaccesible. Incognoscible. Inalcanzable. Es que el Maestro era un trágico. Sabía que la cosa no tiene remedio. Bueno. Pero albricias por anoticiarnos y ponerlo sobre el tapete: ¿sexo, sexa o sexe o?... That is the question. Shakespeare, otro trágico, también lo sabía. Cuando la Mentira es la Verdad... Los rockeros también lo saben.

Pasa que es difícil bancarse la intemperie. Nadie lo pretende; por eso hacemos tinglados; pero de allí a creer que no existe...

Y ¿qué hacer si los pacientes, o los alumnos, se avivan de que el Rey está desnudo? Cualquier cosa, menos simular que tiene ropa.

De eso se trata, entonces, creo. No de saber, sino de saber que no sabemos. Tan nuevo es el concepto que era la frase de cabecera de Sócrates.

Al menos, no hagamos el papelón de llegar siempre tarde donde nunca pasa nada.

Pero, entonces, ¿qué hacemos con nuestros pacientes?

Acompañarlos en el sentimiento. De ser humanos. No dejar nunca de andar con ellos. Porque de la mano y cantando en la oscuridad es más llevadero.

Es todo lo que podemos hacer los humanos, creo. Lo demás... es silencio. El calorcito de Shakespeare siempre acompaña.

Esa manía de decirlo todo y agotar hasta el aburrimiento. Para parecer eruditos (los que saben, obvio). Si por más que digas, va a quedar sin decir. Mejor decir a medias de una. Así, por lo menos, dos veces bueno (digo, por breve).

No tiene sentido, entonces, alargar esta carta. ¿Verdad?